

POR LOS CAMPOS DE LA HISTORIA

## Causa de la muerte de un Rey

Dedicado al ilustre doctor D. José Alberto Palanca,  
ex-Director general de Sanidad, Catedrático de  
Higiene, etc., etc.

El siete de Septiembre de 1312, murió el IV de los Fernandos de Castilla, en circunstancias misteriosas y tan especiales, que el vulgo primero y la historia después agregó a su memoria el sobrenombre de *Emplazado*.

Conocidísimo es el caso del emplazamiento que ante el Tribunal de Dios hicieron los hermanos Carvajales. Hacía meses que en oscura noche y en punto de las once, fué asesinado en la ciudad de Palencia y a la puerta del palacio real, de donde acababa de salir el ilustre Benavides, joven de las más linajudas familias y favorito del rey, quien por la fervorosa adhesión, talento y simpático trato de la víctima, quería entrañablemente y le consideraba su mejor amigo.

La privanza despertaba recelo entre los demás nobles y como además había entre ellos un bando disidente a favor de los infantes de la Cerda, Benavides se hallaba malquisto y en continuo riesgo de graves trances.

El sentimiento e indignación del rey por tan execrable crimen, no tuvo límites, poniendo todo su empeño en contra de la impunidad. ¿Quién o quienes fueron los asesinos? Desde el primer momento el rumor popular y las autoridades acusaron a los hermanos Carvajales, nobles hidalgos que gozaban merecida reputación de bravos y pendencieros. Los indicios de su culpabilidad fueron numerosos, por que la cuestión política había motivado violentos altercados entre ellos y Benavides, y por que éste, fundado en la citada causa, oponiase terminantemente a los amores de un Carvajal con su hermana doña Violante, quien la noche anterior había aconsejado a su novio que huyese con premura, por estar enterada de que él y su hermano serían prendidos por sospecha de conspiración. Pero lo decisivo fué la declaración de un mendigo nombrado Diego Raposo, que afirmaba haber visto y oído a los referidos caballeros concertar el asesinato, que ejecutaron a los pocos momentos.

Buscóse infructuosamente a los acusados, cuya desaparición hicieron aumentar los cargos, hasta que pasadas varias semanas se supo que se hallaban en Andalucía, en la villa de Martos y en compañía de los Laras y de otros hidalgos poco afectos al rey.

De tal modo dominaba la sed de venganza a Fernando, que con la mayor priesa y sigilo organizó sus tropas y poniéndose en camino de Sevilla, adonde en apariencia pensaba descansar, cayó re-

pentinamente sobre Martos para prender a los supuestos asesinos.

Incoada la causa se tramitó con inusitada rapidez y sin las garantías necesarias a la defensa de los acusados, que reclamaron inutilmente la constitución de un tribunal de justicia, no la acusación directa del rey, la declaración arrancada por la amenaza o por la dádiva de un pordiosero, ni por su huida que lo fué por motivos políticos. Ellos, en verdad que estaban a mal con Benavides, pero eran caballeros capaces de desafiarle y matarle cara a cara, en honrosa lid; nunca rufianes que hundan sus aceros amparados en las sombras de la noche.

Nada vale a favor de ellos, no se siente el rey inclinado a la clemencia ni a la prudencia, y guiado por su impulso vengativo les condena a muerte, que había de verificarse arrojándolos desde una gran peña que se eleva sobre un abismo. En vano repiten sus protestas de inocentes y en vano es que el clérigo que les ayuda en la salvación de sus almas exprese al monarca su convicción profunda, puésto que van a morir confesados pero no confesos. Y vanas resultaron las vibrantes excitaciones de los reos para que no se convierta el rey en asesino, ni el emplazamiento que le hicieron ante Dios, a treinta días de cumplirse la sentencia, pues hallándose abrazados D. Pedro y D. Juan, prodigándose palabras de consuelo y de ternura, fueron empujados por el verdugo y lanzados a la honda sima.

Transcurrido un mes, levantóse de la mesa Fernando, se dirige a su alcoba y lecho para dormir la siesta, pasan horas y horas sin que despierte el augusto señor, acuden familiares y palatinos y se encuentran con un cadáver. ¿Por qué murió? Según creencia general, por castigo de la muerte de dos inocentes; y la Historia se inclina a la interpretación popular. Pero nosotros, sin negar el designio de la Providencia, juzgamos que puede explicarse científicamente tan extraordinario suceso.

Dejamos dicho la enorme sensación y sentimiento que al rey le produjo la funesta nueva, así como el furor de que se sintió poseído ante el cuerpo de la víctima, que aumentó hasta llegar al paroxismo al enterarse de los cargos del Raposo y de la huida de los Carvajales. Traduciase el ánimo de su Alteza, por las desaforadas voces y descompuestos ademanes con que daba órdenes, contrastando con su antes pacífico continente y trato mesurado; por el subido color de las facies, por la inyección de las conjuntivas; y por cefalagias y vahidos, que alarmaron a los cortesanos. Para prender a los fugitivos, reúne tropas y con ellas, a marchas forzadas y en pleno verano, cruza los calurosos campos castellanos, las assoladas llanuras de la Mancha y las caldeadas vegas andaluzas, aumentando y agravando con ese trajín y empeño los trastornos circulatorios, nerviosos

## GACETILLAS

Por que un Ayuntamiento intenta socializar los servicios sanitarios y habló de asignar al médico un sueldo no inferior a veinte mil pesetas, un inocente escritor se entusiasma y dice que eso es lo que hace el socialismo. Conviene, sin embargo, esperar a que realice el propósito, porque pudiera ser hablar para distracción, y a que de realizarse veamos si el facultativo cobra las prometidas pesetas. Hay que ser cautos, como la cautela que tuve con un pariente que considerando inmediato por mi parte el cobro de una cantidad que me debían, solicitó que le prestase 500 pesetas para un negocio de truchas. Mira, primo—le repliqué—: espera a que me paguen y después hablaremos, y mientras tanto deja que las truchas vivan tranquilamente en las oquedades del río.

FERNANDIÉ

y digestivos, que empezaban a minar su salud.

Queda satisfecha su venganza y ya tranquilo podía haber recobrado su estado habitual. Pero, lejos de ello, se exalta más, se inquieta, alterna la excitación con la depresión y acaba por vencerle la segunda. Es que la conciencia en forma de temible espectro le dice, que mandó matar a dos hombres sin que la justicia competente les juzgase y si por su intervención directa, como juez y parte imponiendo la clase de castigo; que no quiso dar oídos al religioso que aseguraba la inocencia, y que fué insensible a la terrible escena del despeñamiento. Y entonces el rey, temiendo por la salvación de su alma y acobardado ante la cita de los Carvajales, vive en continuo sobresalto, se halla ensimismado, abstraído; apenas se da cuenta de lo que le hablan, tiene pesadillas y siempre rojo y atontado se duerme de día por que no puede hacerlo por la noche, hasta que en una fatal siesta durmió el sueño eterno.

Aunque no negamos la tradición, estoy convencido de que la Providencia no le mató de golpe y porrazo, sino por medio de la congestión, que empezó a fraguarse desde el asesinato de Benavides, que aumentó con el viaje y que se completó por el remordimiento.

Que la muerte ocurriera precisamente a los treinta días podrá ser providencial, aunque nos deja muy perplejos la circunstancia de que no fueron los Carvajales dechados de virtudes para suponerseles en relaciones sobrenaturales; pero admitiendo que el historiador o la leyenda no inventasen el plazo, es lo cierto que con diferencia de días, semanas o meses, era próxima y segura la muerte del rey, a quien la venganza acarrió tan grave enfermedad.

Digamos en alabanza del «Emplazado», que si sufrió ofuscación y causó un mal irreparable, por lo menos tuvo conciencia que le impulsó el castigo, mientras que otros reyes mataron, incendiaron y saquearon sin que los remordimientos alterasen los placeres de su vida.

ANGEL DE DIEGO